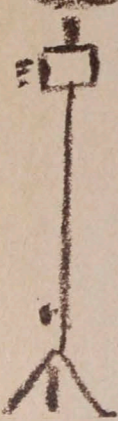


Dec 2, 1960

Reflector

ENCUENTRO



ESTAN de moda, los encuentros. Por cualquier motivo, hay encuentros en el Asia, en Europa o en Concepción. Ahora, se anuncia un singular "encuentro" en Viña del Mar en el mes de enero, auspiciado por la Universidad de Chile.

A la orilla del mar, cerca del tentador Casino y de las más tentadoras veraneantes, dos generaciones del teatro chileno se encontrarán dispuestas a dialogar, a mirarse de frente, a estudiar cuáles son las semejanzas que las unen y las diferencias que las separan. Es posible que, al final de este encuentro, haya un "happy end" con un abrazo que selle el abismo que hasta ahora ha existido entre los llamados profesionales (aunque son muy pocos los que han logrado hacer una profesión del teatro) y los llamados universitarios (aunque son pocos los alumnos de la Universidad que militan en sus filas).

Será éste un diálogo familiar. Existirán las recriminaciones de los padres a los hijos y de los hijos a los padres; pero, al final, todos tendrán la convicción de que pertenecen a una misma familia que debe permanecer unida. Los "universitarios" son hijos rebeldes de padres románticos. Ellos quisieron hacer un teatro científico, pero no consiguieron jamás producir un actor que tuviera el "ángel" y el dominio sobre el público que tuvo, por ejemplo, Alejandro Flores. Por su parte, cuando los actores profesionales vieron a sus hijos descarriados armar imponentes escenarios, echar por la borda la concha del apuntador y organizarse como disciplinado ejército, trataron de hacer lo mismo; pero la bohemia los traicionó.

Ahora, que han pasado varios lustros desde el nacimiento de los teatros universitarios, este encuentro cordial es necesario. Los años han pasado y es necesario que estas dos generaciones hagan su balance, vean qué han aportado cada una de ellas al teatro chileno y entreguen esta experiencia a una tercera generación que ya está naciendo en la escena nacional.

Después de una querrela sorda, pero no por eso menos violenta, este encuentro puede ser el paso definitivo para la instauración de un teatro chileno con las virtudes de ambos grupos. El problema ya no es una querrela entre padres e hijos, sino el porvenir de los nietos, aquella falange de gente de teatro que está dando sus primeros pasos en estos días y a quienes les corresponderá, en definitiva, recibir la herencia que les ha dejado tanto un Rafael Frontaura o un Pedro Siena, como un Agustín Siré o un Américo Vargas; tanto un Nathanael Yáñez Silva o un Rogel Retes, como un Santiago del Campo o un Roberto Sarah.

S. V.